



Los imperios de la lengua

Rafael Toriz

DE TODAS LAS CREACIONES HUMANAS, pobladas de incontables maravillas y categóricos espantos, la única más voraz que el fuego, líquida que el agua, etérea como el aire y permanente como la roca ha sido la palabra. No existe arma más poderosa y tampoco caricia más sutil. Mediante la lengua hemos construido nuestra historia y asegurado la permanencia del pasado: de la vida, los ensueños y la muerte. Luis Cardoza y Aragón, que algo supo de estos ministerios, sostuvo que la poesía era la única prueba concreta de la existencia del hombre.

El libro que ahora nos convoca, *Empires of the Word. A Language History of the World*, ejercicio crítico y de erudición avasallante, es una empresa titánica que sin duda habría fascinado a gente como Antonio Alatorre o Joan Corominas.

Nicholas Ostler, aventajado discípulo de Noam Chomsky y actual presidente de la Fundación por las Lenguas en Peligro de Extinción (www.ogmios.org), documenta con la fruición de un neurótico o un lunático —para el caso lo mismo— la historia de las lenguas a lo largo del mundo, de ahí que su obra tenga un carácter ecuménico y doctoral que, si bien no escatima al propinar cansinas lecciones de historia, se deja leer como un ensayo crítico tanto para el especialista como para el lego informado.

Y es que contar la historia del mundo desde la perspectiva de las lenguas que lo componen y lo han habitado revela algunos misterios sólo para poner en circulación otros, acaso más sugerentes, a veces indescifrables. Por ejemplo, el caso de la preeminencia de ciertas lenguas y la desaparición o raquitismo de otras. El hecho de que en algunas tierras las lenguas “prendan” con naturalidad mientras que en otras partes pasen sin



pena ni gloria, como sucedió con el holandés en África, de nutrida expansión, y que sin embargo nunca cundió en Indonesia, es una interrogante que, luego de leer a Ostler, admite no pocas hipótesis (vale mencionar que algo parecido sucedió con el portugués, que se afianzó perfectamente en el Brasil pero que vio reducida su influencia en el África meridional —fuera de Angola y Mozambique— aunque tuvo una fuerte presencia en países como Etiopía, Marruecos, Mauricio, Zambia, Guinea Ecuatorial y lo que fuera Tanganica).

Saber por qué unas lenguas duran y otras no tiene mucho de misterio. En toda América Latina se habla español y sin embargo en Filipinas y Sabah (provincia de Malasia) apenas y quedan hablantes del chabacano, forma criolla del castellano mezclada con el filipino y otras lenguas vernáculas, particularmente el tagalo, que cuenta con delicias como la siguiente, para escándalo de los puristas de la RAE: *relós* por reloj, *tinidór* por tenedor y desde luego oraciones complejas: *ya mirá yo cun José* (yo lo vi con José) o *ya pidí sila pabor cun su papang* (nosotros ya le hemos pedido un favor a su papá).

El libro, dividido en cuatro extensos capítulos, es un verdadero *tour de force* que demuestra, entre otras cosas, que en el presente semejantes investigaciones sólo pueden realizarse al amparo de instituciones estadounidenses o europeas, toda vez que para un investigador latinoamericano del área de humanidades, por decir algo, resulta imposible disponer del tiempo y materiales necesarios debido a la recurrente precariedad con que se trabaja en dichos departamentos universitarios.

El trabajo de Ostler, riguroso y enciclopédico, es un recorrido a través de la historia antigua, analizando, con herramientas filológicas y mapas exquisitos, la

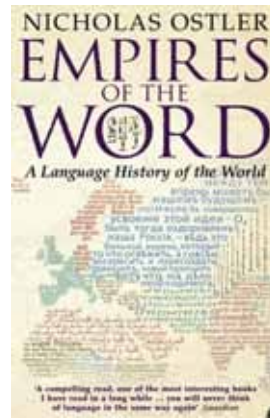
constitución y la expansión de las lenguas del mundo, lo que conlleva indefectiblemente a un análisis de la técnica.

Hasta el año 1500 las lenguas se habían desplazado por tierra, a paso de hombre o a lomo de bestia —tal fue la manera en que pudo expandirse por las vastas estepas mongolas el imperio más grande del mundo a cargo de Gengis Kan, que iba de la península de Corea hasta las orillas del Danubio— pero luego de la era de los descubrimientos las lenguas, junto con los imperios y las potencias militares que representaban, se hicieron a la mar, expandiéndose a la manera de las olas.

En este apartado conviene detenerse, toda vez que atañe al reconocimiento del “Nuevo mundo”, ese choque cultural decisivo en la historia de la humanidad y que le da rostro, entre otros, al país que habitamos.

Es bien sabida la forma en que los conquistadores españoles impusieron su ley y su dominio, mediante la cruz y la espada (“una cosa hállo & sáco por conclusión mui cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio”, escribió Antonio de Nebrija, autor de la *Gramática de la lengua castellana*, la primera gramática moderna europea), originando de esta manera la expansión de la lengua en el subcontinente, motivada por la fiebre del oro, el espíritu colonialista y las ficciones que poblaban

Nicholas Ostler
*Empires of the Word. A Language
History of the World*
New York, Harper-Perennial
2006, 616 pp.



el imaginario de los españoles de la época, insuflado con las aventuras de Amadís de Gaula, Esplandián, Don Quijote y muchos otros a quienes el profesor Irving A. Leonard dedicó una obra extraordinaria: *Los libros del conquistador*.


Ostler sostiene que “el modo general de propagación es a través de la infiltración: pueblos enteros no se mueven pero los idiomas son transmitidos por las pequeñas comunidades y colonias que sí lo hacen”, exactamente como sucedió en los dominios capitaneados por la Nueva España. Este apartado, que el autor titula “Usurpadores de grandeza: españoles en el Nuevo Mundo”, atiende, con un conocimiento histórico y una precisión del náhuatl sorprendente¹, el evento crucial en el doloroso nacimiento del continente americano, esa herida que Pablo Neruda intentó suturar con poesía: “se llevaron el oro y nos dejaron el oro, se lo llevaron todo y nos dejaron todo, nos dejaron las palabras”.

El libro no sólo se detiene en la historia de las lenguas, sino que analiza la preeminencia del inglés y de las lenguas que en futuro no distante cobrarán un protagonismo decisivo, como el hindi o el mandarín. Al respecto Ostler ofrece datos duros que obligan a pensar minuciosamente el poder y el alcance de las lenguas. Por ejemplo, notifica la existencia de más o menos 7000 mil lenguas (la millonésima parte de la población actual

de la humanidad), entre las cuales más de la mitad cuentan con menos de 5000 hablantes y 1000 de ellas con menos de una docena (lo que recuerda el caso del ayapaneco, lengua originaria de Tabasco, hablada en la actualidad sólo por dos personas, Manuel Segovia —de 76 años— e Isidro Vásquez —de 70—, que está a punto de desaparecer porque los susodichos, por razones que nadie recuerda, no se dirigen la palabra).

La lengua más hablada es el chino mandarín (1,052 millones de hablantes, 874 como lengua materna), el inglés (508 millones, 341 como lengua materna), el hindi (487 millones, 374 como lengua materna) y el español (417 millones, 358 como lengua materna). Estos números, desde luego, no son del todo precisos, toda vez que es difícil medir las comunidades lingüísticas basadas en los hablantes nativos y los que han aprendido el idioma como segunda lengua: intentar poner en claro los enigmas del lenguaje carga consigo la derrota de Babel.

El libro en su totalidad es una revisión exhaustiva del imperio egipcio y el chino, de las lenguas semíticas, del sánscrito, de la historia de las conquistas de la(s) lengua(s) y de la imposición de unas sobre otras. Es una historia de sus fracasos y sus alcances, de sus anhelos. Ostler no ofrece respuestas fáciles, por el contrario, sugiere arriesgadas hipótesis que se resuelven en más preguntas, abiertas al tiempo.

Este libro, testimonio apasionado, nos recuerda que el único imperio imperturbable, aquel que no conocerá la ruina ni el ocaso, será el del manantial de las palabras, fuente de toda comunicación humana. 

¹ Lo mismo realiza con las referencias en mandarín, acadio, griego, latín, sumerio, elamita, hebreo, arameo, árabe y todas las lenguas que cita, ofreciendo su pronunciación aproximada y su traducción.